

LA CANCIÓN DE LA ESTRELLA

Luisito era muy pequeñito, pero entendía todo lo que mamá decía.

Le gustaba oír la voz de mamá porque era muy dulce y suave. Mamá hablaba muy bajito, como si todo lo que dijera fuera un secreto entre ellos, y muy despacio. Y eso le gustaba a Luis porque así le daba tiempo a entender cada palabra.

A Luisito también le gustaba la risa de mamá. Reía muy flojito, como con miedo a estropear el silencio, pero su risa era muy bonita. Cuando mamá reía, su risa se escapaba y le hacía cosquillas. Y Luis reía con mamá.

Pero, sobre todo, mamá cantaba. Cantaba todas las noches unas canciones muy bonitas, que ayudaban a Luis a dormirse y soñar con fantásticas aventuras.

Un día, después del desayuno, mamá dijo:

— Hoy tienes que estar muy contento porque vendrán los Reyes Magos y te traerán lo que tú quieras.

¿Los Reyes Magos? No sabía quiénes eran los Reyes Magos, pero debían ser amigos de papá y de mamá. Siempre que venían amigos a casa la traían regalos.

Pero, ¿qué le traerían los Reyes Magos? Lo que él quería era una estrella. Ya tenía juguetes, peluches, ropa, tazas, platos... Pero nunca había tenido una estrella. Todas las noches las veía en el cielo por una ventana e intentaba coger una, pero no alcanzaba. Era demasiado pequeño.

Mamá le dijo una vez que Dios las había puesto tan altas para que nadie las estropeará. Pero él pensaba que la cuidaría y que jugaría mucho con ella y que cuando se hiciera mayor se la devolvería a Dios para que la pusiera en su sitio.

Quería que fuera brillante y pequeñita para verla por las noches y que no se cayera de día. Y pensando esto llegó la noche y se quedó dormido.

Cuando Luis despertó, papá y mamá le dieron sus regalos. Los Reyes Magos debían haberse ido ya porque Luisito no los vio por ninguna parte. Le habían dejado muchas cosas: un pijama muy suave para que no pasara frío en invierno, un conejo de peluche muy blandito, un sonajero, un tazón para su papilla, y... ¡su estrella!

Era muy bonita, celeste y un poco más grande que sus manos. Cuando la tocaba, brillaba muy intensamente.

Le encantaba su estrella. Pasaba horas y horas contemplándola. Era preciosa o al menos eso pensaba Luis.

Al otro día Luis hizo un gran descubrimiento: su estrella cantaba. Cantaba un poco más fuerte que su mamá y nunca se cansaba.

Ahora cuando llora, llega su mamá y coge la estrella en sus manos. La estrella se pone tan contenta que empieza a cantar una preciosa canción que le recuerda las de mamá mientras se ilumina y se apaga. Cuando para Luis llama otra vez a mamá para que la estrella se ponga contenta.

Y desde entonces, cada noche Luis mira por la ventana y escucha la canción de la estrella que le ayuda a dormirse y a soñar con el cielo

ALICIA ABRIO MARTÍN, 14 años.

Huelva

TERCER PREMIO G. B.